

COYUNTURA DE EXAMEN Y TOMA DE CONCIENCIA

El mundo libre ha llegado a una decisiva coyuntura de examen y toma de conciencia de los graves acontecimientos que dominan y cuarteán. Vivimos probablemente el momento más crítico desde que en 1945 terminó la guerra mundial. Sin acudir al expediente de los que «auguran zodiacos funestos»—cosa que está al alcance de cualquier agrio meditador—, creemos que las realidades políticas del mundo exigen un mínimo de rigor crítico para estimarlas en su posible trascendencia y deducir de ellas la perspectiva del futuro.

Y empezamos por resaltar el sentido realista que parece apuntar en las decisiones últimas del presidente Kennedy: renovación de su equipo de asesores diplomáticos, con salida de Mr. Bowles—un notorio ideólogo izquierdista—de la Subsecretaría del Departamento de Estado. Habrá que aguardar algún tiempo para ver las consecuencias de tal renovación. Ya es sintomático que en las últimas semanas el presidente Kennedy haya salido de aquel aislamiento en que venía parapetándose. Su conferencia con Frondizi en el Caribe, su decisión de visitar a sus colegas de Colombia y Venezuela, quizá también la nueva actitud—más dura—que Stevenson, como embajador de los Estados Unidos, ha adoptado en la O. N. U., revelan que Kennedy va tomando conciencia de la realidad. Hasta ahora se había movido, planeando entre nubes, guiado por ideologías vagamente redentoristas. Y eso hacía marchar al «mundo libre» de tropezón en caída. En el amistoso diálogo de Kennedy con el canciller Adenauer en Washington, quedó de manifiesto la necesidad de no ceder unilateralmente en la pugna que está entablada con Rusia. Del comunicado de la entrevista no cabe deducir que Kennedy se lanzase a una ofensiva seria para desmoronar las posiciones del viejo canciller, quien—como es sabido—entiende que el problema de Berlín es inseparable del problema general de la reunificación alemana. La entente franco-alemana en este punto sigue en pie y parece haber quedado corroborado en la reunión de Adenauer

con De Gaulle, en París. Se había lanzado la especie de que Kennedy había convencido a Adenauer para que atrajese al presidente francés a la tesis angloamericana de ir pronto a unas negociaciones formales con Rusia. Los hechos no han confirmado tal hipótesis. Por otro lado, el subsecretario de Estado de Washington, Dean Rusk, en declaraciones a la prensa admitió que había diferencias de criterio entre las cuatro potencias occidentales—acaso, dos contra dos—acerca de si convenía o no convenía tomar la iniciativa de nuevos tratos con Rusia. Pero advirtió Rusk: eso no quiere decir que exista la más mínima posibilidad de que Inglaterra y los Estados Unidos inicien por su cuenta conversaciones con Jruschof a espaldas de Francia y la República Federal. La parte occidental más propensa a la negociación con los soviets es Inglaterra. Posiblemente los Estados Unidos ya no sienten ahora la misma ilusión que hace unos meses abrigaron al respecto. Aunque Jruschof ha mantenido una mayor compostura verbal en sus discursos, al referirse a occidente, todavía ha seguido manipulando el rayo de la amenaza. Su nota a Finlandia y los tres países escandinavos fué de una brutalidad agresiva. Y si luego «ha aplazado» sus exigencias militares, ante la energía con que los destinatarios las rechazaron, no por eso es tranquilizadora la actitud de Jruschof. De sus labios no se cae el alarde de poseer «bombas de 50 megatones y de más» dispuestas para el empleo. Esto debe hacerse meditar a los que, de buena fe, tienen prisa por reanudar el diálogo de alto nivel. Tanto más que otros motivos, muy serios, aconsejan la expectativa. El XXII Congreso comunista ha demostrado que la monolítica disciplina del Partido está en crisis dentro y fuera de Rusia. Se explica el mal humor de Jruschof y sus prisas por lograr un triunfo exterior de cara a la poderosa facción interna—Molotof, Kaganovich, Malenkof—que se le atraviesa en su tarea de «desestalinización». De momento, Jruschof ha conseguido quitar el cadáver de Stalin del mausóleo de Lenin en la Plaza Roja, de Moscú. También ha borrado el nombre de Stalin de las ciudades que con él se habían «bautizado». Y las estatuas de Stalin han sido quitadas de sus pedestales. Pero en el XXII Congreso comunista hubo actitudes que sería imprudente no valorar. Una de ellas, el enfrentamiento del comunismo asiático con el ruso. Y no perdamos de vista que la postura del comunismo asiático—más staliniana a ciertos efectos—es participada por Albania. Este breve país, aunque por distintas causas, ha desafiado, como antes lo hizo Yugoslavia, la rígida disciplina que Moscú quiere imponer a todos los países comunistas. Albania ni siquiera envió representantes al XXII Congreso comunista. La representación china se fué del Congreso en las primeras jornadas, no sin pronunciar Chu En Lai un

discurso demoleedor contra la política de Jruschof. Y, por último, Moscú ha roto sus relaciones con Albania.

* * *

En los mismos debates de la O. N. U. el papel soviético ha descendido. Este año no es año ruso en la Asamblea «onuana». El alegato que el representante de los Estados Unidos, Stevenson, lanzó contra la U. R. S. S. merece ser recogido. Se discutió la moción rusa contra el colonialismo y Stevenson argumentó «ad hominem»: ¿quién más colonialista que Rusia? Efectivamente, si Rusia—dijo Stevenson—llama la atención de las Naciones Unidas sobre las colonias de Africa, Asia y América, es por diversionismo. Para evitar que las Naciones Unidas concreten su mirada «sobre la situación que prevalece en el vasto imperio soviético». Y Stevenson concretó: «En los últimos quince años, a medida que el proceso de libre determinación en las zonas ex-coloniales de Asia y Africa iba extendiendo rápidamente la comunidad mundial de naciones libres e independientes, en la periferia de la Unión Soviética, se producía el proceso inverso; donde quiera que la influencia de las fuerzas armadas soviéticas pudo hacerse sentir, países independientes... fueron absorbidos y sus aspiraciones nacionales fueron brutalmente reprimidas por un Estado decidido a acabar con la identidad nacional de todos los pueblos dentro del dominio soviético». Stevenson cita como países sojuzgados por el imperialismo ruso o comunista los siguientes: Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria, Albania, Checoslovaquia, Alemania Oriental, Corea del Norte, Viet-Nam del Norte, Estonia, Letonia y Lituania, Tíbet, Zonas de Finlandia, Rumania, Polonia, Alemania, Checoslovaquia, islas Sajalin, Kuriles, etc., fueron vorazmente englobadas por Rusia bajo su soberanía directa. La requisitoria de Stevenson contra el imperialismo soviético no se para ahí; enumera las regiones y territorios que desde 1917 ha ido absorbiendo Rusia después de haberles yugulado la independencia que querían: Ucrania (1923), Azerbayán (1920), Janato Jiva (1920), Bojara (1920), Armenia (1920), Georgia (1921). El derecho de autodeterminación—que el comunismo proclama para las viejas colonias occidentales—lo rechaza para las colonias propias. Ya lo había dicho Stalin—y Stevenson trae la cita—: «hay casos en que el derecho de autodeterminación está en conflicto con otro derecho superior: el derecho de la clase trabajadora a fortalecer su poder»... Entonces, afirma Stalin, el derecho de autodeterminación «debe subordinarse al otro». Y apostilla Stevenson: «el derecho de libre determinación sólo puede defenderse cuando los pueblos de que se trata no

han caído bajo la dominación marxista». Y así—continúa Stevenson—«el bloque chinosoviético comprende hoy el mayor imperio colonial de toda la Historia». Más todavía, «el imperio colonial soviético es el único imperio moderno en el que nunca se ha ofrecido a un pueblo sometido la posibilidad de elegir su futuro y su destino».

* * *

Fidel Castro se quitó la careta. Con todo cinismo y sin el más mínimo respecto para su propia persona, ha declarado que siempre fué comunista y que si lo ocultó, e incluso fingió a veces otra cosa, era para disimular e ir ganando posiciones desde las cuales desbancar a la reacción y, sobre todo, a los poderes religiosos, tan arraigados en Cuba. Tan grave declaración fué hecha solemnemente por Fidel Castro ante la Televisión, el día 1 de diciembre y difundida por los periódicos del mundo el día 3. «Cuando me gradué en la Universidad—añadió—no era marxista-leninista y probablemente tenía muchos pequeños prejuicios burgueses; ahora estoy contento porque ya no los tengo; en caso contrario no podría haber contribuído tanto a la revolución». Y aún se lamentó Castro de que en Cuba «no tendremos comunismo en treinta años», pero se consoló con esta frase: «Estamos formando un sistema socialista», paso previo del comunismo. Y anunció para pronto el programa del partido, que «será marxista-leninista y se ajustará a las necesidades del país». ¿Qué dicen ahora sus elogiadores, burgueses tipo Matthews, el columnista del *New York Times* que tanta tinta ha gastado en decir que Castro era simplemente un nacionalista? Ya no cabe esperar que Castro evolucione. Su trayectoria está trazada. El es un instrumento en manos de los técnicos de la revolución marxista, es decir, en manos de Guevara y sus colaboradores. Esto nos obliga a todos a meditar, en que el castrismo es, en su raíz, un movimiento de expansión imperialista de la U. R. S. S. en América. Y, por tanto, un movimiento antiamericano, extranjero. Un colonialismo ideológico. Castro es el Anti-Bolívar. No pretende sacar su fuerza de las profundidades de la historia, de la tierra y de la raza americana, sino que la pide prestada al apoyo que Rusia y China le ofrezcan. Con su actitud ha dado Castro un aldabonazo a la conciencia política de todos los pueblos iberoamericanos, los cuales han de acudir a sus propias entrañas para extraer de ellas la inspiración y la fuerza renovadoras, si de verdad quieren afirmar su personalidad, y no convertirse en colonias de Moscú y de Pekín. (O de la Wallstreet.)

El aviso es especialmente claro para los dirigentes políticos de la zona

del Caribe tan trabajada por los inconscientes secuaces de Castro, que obran por reflejo condicionado más que por reflexión profunda y analítica de las realidades. Y así parece haberlo entendido el Gobierno de Colombia al romper relaciones diplomáticas con Cuba. Y así lo ha comprendido Guatemala, cuyo presidente Ydígoras ha solicitado que la Organización de Estados americanos aisle en bloque el régimen de Castro. Y así lo están ya practicando los once países iberoamericanos que han roto tratos diplomáticos con el Gobierno del histriónico Nerón cubano. En peligro ha estado la República Dominicana de caer en la anarquía bajo la presión revolucionaria de los elementos castristas. Aunque no desvanecido el peligro, parece que Santo Domingo ha superado el período agudo de su crisis interna, merced al buen pulso del general Rodríguez Echevaría y a la prudente entereza del presidente Balaguer, que no se han dejado desbordar por la oleada de huelgas de cariz revolucionario, y han negociado con la oposición una salida decorosa hacia un régimen representativo. A la hora de trazar este comentario, el compromiso entre el Gobierno dominicano y la oposición parece inevitable. El problema está ahora en que la Junta que habrá de regir el país hasta que de unas elecciones libres salga un Gobierno constitucional, no se escinda en grupos rivales. Aunque la Armada de los Estados Unidos se ha retirado ya de las cercanías de Santo Domingo, quizá porque consideraba resuelta la crisis, suponemos que seguirá vigilando la zona para impedir que una expedición castrista invada la isla. La pretensión invasora desde Cuba no ha de darse por descartada. Los planes comunistas sobre Santo Domingo son muy antiguos y no hemos de considerar que Rusia ceje en su empeño. El problema político en la región del Caribe sigue siendo grave y lo será por bastante tiempo. Quizá lo comprende así el presidente Kennedy, cuando ha resuelto visitar personalmente a sus colegas de Venezuela y Colombia, países que atraviesan una época de enojosas dificultades. La ruptura colectiva de toda América con Fidel Castro no parece aún madura. Brasil y Méjico se resisten a tan drástica medida. Y no se logró en la entrevista Frondizi-Kennedy, por lo que se ha podido deducir, un punto de coincidencia sobre el problema. La zona de los Andes—Perú, Ecuador, Bolivia—es también zona muy trabajada por la filtración castrista. Menos mal que en Ecuador la huelga revolucionaria y el contragolpe de Estado de Velasco Ibarra no exacerbaron las cosas hasta el caos. La actuación de la mayoría del Ejército en favor del vicepresidente Arozamena, resolvió la crisis presidencial y ha dado un respiro de tranquilidad a la República ecuatoriana. Pero la situación dista de estar despejada. Tanto en Ecuador como en las demás Repúblicas iberoame-

ricanas incluyendo Brasil, el comunismo se ha lanzado a la ofensiva para conquistar el poder. Y el castrismo está imantando con su posición antiyanqui a las juventudes universitarias y obreras.

* * *

El problema del Congo llegó a su crisis más aguda. No sólo por las salvajadas—¿qué otra calificación cabe?—cometidas por la soldadesca congoleña, sino también por las equivocaciones de la O. N. U. Al empeñarse el secretario general de la Organización, Thant, en someter a Katanga a la autoridad del Gobierno de Leopoldville, no ha contribuido a pacificar el territorio. Por el contrario, ha suscitado nuevos y graves conflictos. Katanga mal que bien, era zona en la que el Gobierno de Tschombe, desde Elizabethville, había impuesto un orden de conveniencia. No sucede así en otras regiones congolesas, maniobradas más que regidas, por Gizenga, el pro-comunista sucesor de Lumumba. En Kivu, por ejemplo, las tropas de Gizenga despedazaron bárbaramente a trece aviadores italianos que habían ido a llevar medicinas y alimentos, como pilotos de la Cruz Roja. Pues bien, la O. N. U. no ha tenido energía para mandar sus tropas a Kivu y detener a los canibales matadores de los trece aviadores de Italia sacrificados. ¿Por qué toda la energía para doblegar a Tschombe, cuyas tropas actuaban con una cierta disciplina? ¿No era más justo doblegar y someter antes a Gizenga, responsable de la salvajada de Kivu? La O. N. U. esta obrando en el Congo ex-belga con una obcecada pretensión centralista que contradice la naturaleza y la tradición de unos pueblos y territorios que no han tenido más unidad que la superficialísima con que los administró precariamente Bélgica a lo largo de unos decenios. Y así se está desprestigiando la O. N. U. al tomar partido por un bando contra otro en el Congo y Katanga. Y padece también el crédito de los Estados Unidos por adoptar en este punto una tesis tan poco sólida como la sostenida por los países de Bandung. La misión de la O. N. U. no era tomar las armas a favor de nadie, en una situación interna tan confusa, donde no hay propiamente un Gobierno con autoridad sobre todo el país. Las tropas de la O. N. U. habían ido al Congo para evitar los desmanes de la soldadesca y conciliar los grupos políticos rivales. Y nada de eso han hecho todavía allí las tropas de la O. N. U., condicionadas en su acción por unos funcionarios civiles que claramente revelaron, en sus palabras y en sus actos, un partidismo fanático. Menos mal que las grandes potencias europeas en la reunión de París acordaron actuar a una

en pro de una pacificación progresiva del Congo, sin utilizar la imposición a favor de un bando.

* * *

Y el mismo desenfoque han padecido los debates de la O.N.U. en el problema de Angola. No se ha visto en el Consejo de Seguridad—o no se ha querido ver, a lo peor—que el problema de Angola no es el de una colonia que se quiere independizar. La posición portuguesa en el problema angolano la ha fijado, de modo rotundo, el ministro de Ultramar, doctor Adriano Moreira: «continuar la política de integración multirracial, sin la cual no habrá ni paz ni civilización en el Africa Negra». Esa política—añadía el doctor Moreira—está documentada en sus beneficios «por el mayor país del futuro, que es el Brasil». Recientemente, Portugal ha decretado la unificación del Estatuto Político de los diversos territorios portugueses. Con ello, ha dicho el doctor Moreira, «no pensamos que disminuirán nuestras responsabilidades civilizadoras, sino que lo hacemos en el entendimiento de que llegamos a un punto de la evolución portuguesa en que la tarea que nos corresponde podrá ser facilitada por esta uniformación». Pero el Estatuto privado de cada región ha de atemperarse a las exigencias de la realidad. «Sería contrario—aclara el doctor Moreira—(Discurso de Oporto, 28 de agosto de 1961) a nuestra tradición y a nuestros principios, adoptar cualquier régimen que, directa o indirectamente, violentase a los pueblos en el dominio de su concepción de vida privada». Y una orientación semejante es la que Francia aconsejó en la reunión de ministros de las potencias occidentales, en París, cuando se discutió la actitud que el bloque atlántico había de tomar en relación al conflicto Katanga-Congo. Es de buen augurio que los Estados Unidos se sumasen, aunque condicionadamente, en las conversaciones de París a la propuesta francesa, también aceptada por la Gran Bretaña y los demás miembros de la alianza atlántica.

* * *

Claro sentido de firmeza para el régimen han tenido las recientes elecciones en Portugal. El pueblo se ha vuelto a apiñar en torno a Salazar. La oposición no concurrió, ciertamente, a las urnas, pero su fuerza podría haber brillado por su ausencia en el número de abstendidos. No fué así. La abstención no desbordó el tope normal en cualquier elección: entre un 20 y un 25 por 100. Y ya se sabe que no todas las abstenciones, ni mucho menos,

se deben a oposición; la mayoría de ellas son debidas a falta de conciencia cívica, a enfermedad, etc. La oposición ha sufrido las consecuencias adversas de la locura cometida por Galvao con el secuestro del «Santa Maria», locura repetida en las vísperas electorales con un avión de línea, desde el que se sembró de octavillas revolucionarias las ciudades de Lisboa y Oporto. Gesto espectacular, pero sin efecto en el pueblo portugués, que comprende ahora, con repulsa, los propósitos abandonistas, que la oposición abrigaba con relación a las provincias de ultramar.

La visita del presidente de la República portuguesa al jefe del Estado español, ha sido más que una muestra de cortesía. Su sentido político lo subrayan las circunstancias de la visita y el texto de los discursos pronunciados por ambos jefes de Estado. Franco hizo justicia a Portugal, en esta hora de pruebas, por «la gran lección que acaba de dar el occidente». ¿Qué lección es ésa? Franco la define así: «la lección de su voluntad de resistir el ataque a su personalidad y a su integridad, voluntad expresada, no sólo en palabras, sino en actos, como ese acto político de las elecciones que han dado prueba de la solidaridad del pueblo portugués con su Gobierno, ese acto heroico y diario de la defensa militar de Angola»... Y en la misma línea Franco nos advierte: «no hay que dar demasiada importancia al confuso griterío que domina la escena internacional; no hay que prestar oídos a ese torrente de voces equívocas que pretende anegarnos; algún día cesará y quedará únicamente la fortaleza de las naciones que hayan sabido cuál era su destino histórico». Y para los blandos de voluntad, este duro fleje metálico. «Aquí radica la razón de nuestro optimismo y de nuestra fe; en que no defendemos tan sólo nuestro presente, en que no nos limitamos a una actitud simplemente conservadora, de resistencia sobre posiciones ya ganadas, sino que defendemos nuestro futuro, lo defendemos con toda la energía y la convicción de quienes están abriendo el porvenir de las generaciones que nos sucedan; y este porvenir, que queremos dejar bien claro, no estamos dispuestos a hipotecarlo, por ceder al miedo o al desmayo de nuestra voluntad.» Paralela a esta línea de Franco fué la línea de Américo Thomaz: «Ante el ataque conducido en el campo de las ideas o a través de subversiones locales, se impone al Occidente una solidaridad indefectible y global; sin embargo, parece que algunos, sobre todo aquellos que detentan las responsabilidades mayores, todavía no lo entienden así, incluso ante la realidad de transigencias y desastres sucesivos; y por eso, a una solidaridad que debería ser indivisible, anteponen el logro de intereses que, en fin de cuentas, son transitorios y particulares, sin que les importe dañar amigos en

provecho de otros, que nunca lo serán». Thomaz hablaba así con el corazón dolido de buen portugués; pero también añadía con la conciencia despierta del buen europeo: «Los que así proceden, corren grave riesgo y sus gobernantes asumen ante el occidente la responsabilidad de los perjuicios y ante sus pueblos la responsabilidad de encaminarlos hacia el aislamiento, abandonados por los aliados de ayer y desamparados en las crisis, sin encontrar amigos entre los restantes». Queda la admonición de Américo Thomaz flameando como una bandera indicativa de peligro. Y respecto al pleno entendimiento hispanoportugués, Américo Thomaz dijo: «La nación portuguesa tiene conciencia de entender bien la solidaridad debida a la defensa de valores idénticos; y por eso, desde el primer momento fué solidaria con España en la lucha común». Y con relación al Pacto Peninsular, el Presidente portugués fué explícito: «Yo proclamo aquí, en nombre de la nación portuguesa y de su Gobierno, nuestra fidelidad incondicional a ese instrumento de solidaridad y de acción». También aludió Américo Thomaz a los vetos contra España en el seno de la defensa atlántica. Portugal—dijo Thomaz—luchará por la integración de España en la alianza atlántica, ante la vacilación de algunos que, frente al peligro, creen poder prescindir de los altos valores que la Nación española representa».

* * *

El conflicto de Goa, creado por la ambición anexionista de la India, sobre la provincia portuguesa, ha puesto a prueba el temple heroico de Portugal y la fidelidad de sus amistades. Esta vez no le ha fallado tan radicalmente como en el caso «Santa María», la amistad británica. El Gobierno de Londres, desde el primer momento del conflicto trabajó para lograr, por la vía diplomática, un compromiso. Pero la Unión India estaba resuelta a tomar por la fuerza los territorios lusitanos. Así lo había dado a entender claramente ante el Parlamento de Nueva Delhi el propio Nehru, quien sibilinamente dijo con anterioridad, que el problema de Goa, o se resolvía por la negociación bilateral lusoindia, o «por vías de hecho». La Unión India se ha encontrado con que sus propósitos chocaban con la opinión de casi todo occidente, e incluso de no pocas naciones de Africa y Asia. Por otra parte, la apelación al Tribunal Internacional había dado la razón a la tesis portuguesa. A pesar de ello, el pacifista Nehru que, desde hace dos años, viene aguantando la ocupación de 40.000 kilómetros cuadrados de territorio indio por las tropas de la China comunista, no ha dudado en

atacar e invadir los 4.000 kilómetros cuadrados de territorio portugués de la provincia de Goa con los enclaves de Damao y Diu. Se ha olvidado Nehru de que, mucho antes de que existiera la Unión India como nación, estaba ya asentada la soberanía portuguesa en la Costa Malabar. Además, Alfonso de Albuquerque ganó Goa y los otros territorios de la Costa del Indico en guerra con el sultán persa que los señoreaba entonces. La formación de la nacionalidad india es cosa reciente y no debía menospreciar la antigüedad de cuatro siglos y medio que lleva Portugal afincado en el Continente indostánico.

Los mismos Estados Unidos no se han mostrado, esta vez, propicios a secundar a la Unión India. La tesis de Washington es que, habiendo fallado ya el Tribunal Internacional, las partes han de respetar la sentencia. Y, en todo caso, Washington, estima que la solución ha de venir a través de un plebiscito de los habitantes de la provincia portuguesa de la India. Kennedy envió un mensaje a Nehru recomendándole moderación. Y los embajadores de Inglaterra, Estados Unidos y Brasil en Nueva Delhi han buscado distintas fórmulas de arreglo para impedir la agresión bélica. También en este conflicto de Goa—aunque en él no se implica el tratado de la alianza peninsular—ha funcionado la solidaria conciencia fraterna de España en apoyo de la actitud lusitana. En declaración oficial, el Gobierno español ha hecho pública «su repulsa ante cualquier procedimiento de agresión y de violencia, o ante acciones que impliquen un atentado contra la soberanía territorial de un país», en este caso Portugal. Y por lo mismo, el Gobierno español, al expresar su firme esperanza de que la India se abstendrá de utilizar la amenaza y los medios violentos en esta diferencia internacional, apoya la propuesta portuguesa del envío de observadores internacionales independientes como procedimiento pacífico que tienda a resolver la tensión mencionada» en la frontera de la provincia portuguesa de la India. Pero la India ha preferido ser potencia agresora, a ser, como podía, la gran potencia moral de la mediación pacífica en los conflictos.

* * *

Diciembre, pródigo en conflictos—Goa, Katanga, Viet Nam, Santo Domingo, etc—termina, sin embargo, en una atmósfera de expectación. Todo gira en derredor de la posibilidad de una conferencia de alto nivel donde se lograra un acuerdo global sobre desarme y sobre el problema alemán entre la U. R. S. S. y los aliados occidentales. Mientras tanto, los conflictos

aludidos—y otros de larga raíz como Argelia, Cuba, etc.—esperan tratamiento y solución. ¿Se la depararán el nuevo año a 1962? Todo depende de que el mundo libre se articule en una efectiva solidaridad de acción que obligue al comunismo a detenerse en su penetración imperialista.

Por lo demás, la venida del secretario norteamericano de Estado a Madrid, tras su asistencia a las reuniones de la O. T. A. N., parece responder a la tendencia realista de que de un tiempo a esta parte, viene mostrando la política exterior de Kennedy, desilusionado del callejón sin salida en que los ideólogos de izquierdas—Bowles y compañía—estaban metiendo a los Estados Unidos. La política de Kennedy, empalmada así con la de Eisenhower, que procuró, siempre que surgió la oportunidad, realizar contactos superiores con Madrid. Rusk marca con su viaje a España la continuidad de una trayectoria que trazó un antecesor, Foster Dulles. Puede decirse, pues, que el espíritu de los convenios de 1953 sigue animando las relaciones hispanoamericanas. Los Estados Unidos y España—por encima o por debajo de los supuestos propagandísticos—se tienen que entender. La razón de ese entendimiento inevitable la daba nuestro ministro Castiella en el discurso de bienvenida a su colega Rusk: España y Estados Unidos son «dos pueblos que ahora o en el pasado, han sabido sobrellevar el peso de empresas y responsabilidades a escala mundial». Y el ministro Rusk se mostró comprensivo para el papel que España tiene en Iberoamérica: «los norteamericanos conocen los muchos lazos que unen a España como Madre Patria a los países de la América latina». Y agregó: «Estos vínculos mutuos entre nuestros dos países e Iberoamérica, y directamente entre España y los Estados Unidos, forman un triángulo cuyos enlaces jamás deben romperse, sino que deben mantenerse tan calurosos, significativos e importantes como merecen ser». Más explícito aún, el señor Rusk afirmó: «Los Estados Unidos ven con simpatía las estrechas relaciones que existen entre España y otros países del hemisferio occidental», del mismo modo, expresó Rusk su satisfacción por el «gran privilegio» de examinar la situación mundial con el jefe del Estado español, «cuya riqueza de información, comprensión y vitalidad de pensamiento, le habían impresionado profundamente. En relación con los vigentes convenios entre España y los Estados Unidos, también fué positivo el político norteamericano: nuestra asociación—dijo—«es importante para ambos países porque puede contribuir a determinar cómo será este mundo en décadas venideras». Y oyó visiblemente atento y complacido este párrafo del señor Castiella: «Estoy seguro de que en un próximo futuro, cuando tratemos de la posible renovación de dichos convenios

para adaptarlos a las circunstancias del mundo actual, España encontrará por vuestra parte el mismo espíritu de lealtad y de verdadera amistad que a nosotros ha de guiarnos, a fin de obtener resultados positivos». Tan necesitado está de unión y de eficacia el mundo libre, que traición contra él cometen quienes vetan y condicionan la plena colaboración de sus miembros a la finalidad de salvarse todos juntos de la amenaza comunista que por igual a todos abarca. Y por eso consignamos con piedra blanca esta primera visita del Secretario de Estado de la magistratura Kennedy, a nuestro país. De ella, no lo dudamos, han de seguirse resultados beneficiosos para ambas partes, lo mismo en lo que se refiere a la seguridad recíproca que en lo que atañe a sus programas de colaboración con los países de Iberoamérica.

ESTUDIOS